

BILOGÍA VIELMAN

---

*SACRIFICANDO A*  
**VIELMAN**

G. Elle Arce



BILOGÍA VIELMAN

**SACRIFICANDO A VIEL-  
MAN**

G. Elle Arce

Copyright © 2018 Elle Arce

All rights reserved.

ISBN: 1725529033

ISBN-13: 978-1725529038

Portada creada por Larissa Saravia

Imagen de TchaikovskyCF

Todos queremos un romance  
de novela, pero nadie quiere pa-  
gar el precio.

## SINOPSIS

Finalmente, el día cero ha llegado... estoy nuevamente parada frente al imponente edificio de Vielman y Asociados.

Hace algún tiempo, me prometí volver aquí, con un sólo propósito: vengarme de Marcos Vielman.

Él me había utilizado justo en ese edificio al que estaba viendo. Me había engatusado con el único propósito de acostarse conmigo. No obstante, para mí, eso no se iba a quedar así. Él no podía seguirse burlando de mí, pensando que ingenuamente caí en su trampa y que luego, yo no haría nada. Marcos Vielman no me conoce, no sabe cuáles son mis límites y ni siquiera los intuye.

Podía ser que la primera ronda él hubiera ganado, pero la partida aún no había finalizado.

# PRIMERA PARTE



El viaje había sido largo y agotador, pero finalmente habían llegado a casa.

Marcos se bajó del auto, y rodeó la camioneta de su madre para abrirle a está la puerta.

—¿Vas a regresar a la oficina? —preguntó Virginia de Vielman, con la gracia y elegancia que siempre le habían caracterizado.

—Tengo que, madre —respondió Marcos, mientras abría con el mando, la cajuela del vehículo para poder sacar las maletas.

—Pienso que tu padre estaría dispuesto a concederte unas horas más de vacaciones —sonrió cálidamente ante la mirada de su hijo.

Virginia conocía bien la relación entre su hijo y su esposo. El doctor David Vielman no le dejaba pasar ni una a su hijo mayor, lo mantenía a raya, ya que, de él dependía el futuro de su tan querido bufete, y por ello, siempre existía cierta fricción entre ellos, sobre todo en lo concerniente al trabajo.

—Lo dudo —contestó él, mientras comenzaba a sacar todas las cosas que su madre había traído de donde su abuelo.

Solamente había pasado un día en la casa de su abuelo materno, pero el maletero del carro, decía una cosa muy distinta. Su madre había empacado para tres días, al menos, y su abuelo les había dado un montón de cosas para que se las llevaran.

El padre de Virginia, Marcos Jones, era un señor de ochenta años de edad, jovial y muy vivaz, sin embargo, también era un hombre solitario. Cuando su muy querida esposa falleció, hace ya más de diez años, él había decidido vivir solo, sin que ninguno de sus tres hijos pudiera interferir en su vida. Había vendido su vieja casa en la ciudad y se había mudado a un pueblo pequeño al otro lado del país, viviendo su vida tranquilamente, fabricando, aún, muebles de madera.

Desde muy temprana edad, Jones había comenzado a fabricar muebles; oficio que había aprendido de su padre. Junto a él, habían comenzado a crearse de una buena reputación, que le valió, más adelante, para poder poner su propia empresa de venta de muebles, y aunque nunca llegó a tener un gran capital, la empresa seguía funcionando a manos de su hijo mayor, Pablo Jones. Y él, a sus ochenta, seguía haciendo los muebles, ya que, según él, eso le ayudaba a mantenerse fuerte, tanto física como mentalmente.

Vielman tomó la nueva mecedora que les había regalado su abuelo y la bajó del auto.

—Sabes, he querido decirle a tu abuelo que se venga a vivir con nosotros, pero creo que me rechazaría —comentó Virginia, contemplando el nuevo mueble, y lamentándose por la situación de su padre.

—También lo creo. El abuelo no es una persona a la que le guste depender de los demás, por eso sigue haciendo muebles, para que nadie lo mantenga.

—Lo sé, pero no me gusta que a su edad siga con ello. Tal vez tú lo puedas convencer la otra vez que vayamos —sugirió ella.

—¿Por qué crees que me haría caso a mí? —preguntó él, intrigado.

—Porque él siempre te ha visto como su nieto favorito. Siempre ha dicho que te pareces mucho a tu abuela, y por

eso creo que te haría más caso –respondió Virginia, acomodándose su bolso.

Marcos se lo pensó un rato y decidió no contestar a eso.

Su difunta abuela no se parecía nada a él, o al menos eso era lo que recordaba. Era una mujer muy cariñosa, alegre, a la que le gustaba mucha la vida. ¡Nada que ver con cómo era él! Tal vez se parecía a como era él de niño, pero hace mucho que había dejado de ser esa persona que muchos de sus familiares insistían en contarle cómo era.

Sin decir nada más para prologar la plática, cargo las cosas hasta la entrada de la casa, donde su madre abrió la puerta con sus llaves.

—¿Por qué no le llamas a tu padre para decirle que descansarás en la tarde? O sabes qué, mejor le llamo yo –propuso su madre.

Vielman respiró hondo, tratando de no ser grosero con su madre, después de todo, ella no tenía la culpa de que él tuviera muchas obligaciones que atender como para pasar tiempo con ella. Además, quería llegar a la oficina, no sólo porque seguramente tendría mucho trabajo por hacer, sino porque había algo que quería “atender” urgentemente.

—Mejor dejalo así madre, indudablemente he de tener mucho trabajo esperándome en la oficina; no me puedo dar el lujo de seguir faltando –se pasó una mano por la cara. Estaba agotado, y su semblante lo denotaba, sin embargo, no era el cansancio lo que lo hacía estar tan distante de su madre, sino las ganas que tenía por llegar al bufete.

—Pero te ves cansado, cariño –Virginia pasó la mano por la cara de su hijo, preocupada por él–. De haber ido tu hermano con nosotros, él hubiera conducido, pero lastimosamente tuvo que quedarse a terminar con ese trabajo de la universidad.

*“Sí, seguro que fue por un trabajo de la universidad”* –pensó Marcos, sabiendo que su hermano se había queda-

do en la ciudad a petición de su nueva conquista.

Virginia miró con ternura a su hijo; quería mucho a sus dos hijos, pero siempre se preocupaba más por su primogénito, dado que era el que más responsabilidades tenía de los dos, y era también, el que pasaba estresado, trabajando día, tarde y noche. En cambio, su último hijo, Eric, era una persona totalmente distinta; era desapegado con la mayoría de las cosas, voluble, impredecible y, sobre todo, desorganizado. Eric Vielman, a sus veintiséis años, seguía estudiando en la universidad, cursando el último año de ingeniería civil.

—Está bien, cariño, vete a la oficina, le diré a Selma que me ayude a meter esto. Llévate el auto, para que no tengas que llamar a Gael —resolvió ella, al ver la reticencia que él tenía de quedarse.

—Te veré en la noche, madre —dijo él, despidiéndose de ella con un beso en la mejilla.

Se dio media vuelta y camino directo al carro de su madre.

Se despidió de nuevo de ella con la mano, mientras veía como la ama de casa, salía a la puerta para ayudarle a su madre.

\*\*\*

Estacionó el auto fuera del edificio del bufete, no le apetecía dejarlo en el estacionamiento subterráneo.

Se bajó del auto, reacomodándose, al instante, la camisa. Se le hizo raro no llevar traje ese día, pero no había llevado ni uno al viaje, y había preferido ir directo a la oficina en lugar de pasar por su departamento a cambiarse.

Quizás era la primera vez en mucho tiempo en que llevaba a la oficina un vaquero y una camisa de manga larga. Usualmente tendía a vestirse más formal, sin embargo, de-

bido al viaje, no le había quedado de otra más que vestirse de esa manera.

Se sintió fuera de lugar al entrar en la oficina. Pudo notar cómo los trabajadores que estaban en el lobby del bufete, lo volteaban a ver, confundidos con su apariencia.

Pasó de largo de todos los empleados, incluso, de los que amablemente se detuvieron a saludarlo. No le importaba en absoluto hablar con ellos, ni desperdiciar un momento de su tan preciado tiempo en si quiera voltearlos a ver. Cuando su padre le preguntó por qué era tan altivo y engreído, él respondió que simplemente no le interesaban los convencionalismos sociales que las personas practicaban, especialmente saludar. Consideraba que esas normas sociales eran inútiles y, en su mayoría, se decía de forma tan automática, que no existía veracidad en ellos; eran palabras echadas al aire.

Pulso el botón del ascensor para que este se abriera y espero hasta que las puertas del elevador se abrieron.

Subió al ascensor. A pesar de que había más personas esperando a subir a sus oficinas, nadie entró a esté junto a él. Presiono el botón para la última planta y el elevador comenzó a subir rápidamente hasta su destino.

En la mente de Vielman, se cruzaban uno y mil pensamientos. Visualizaba la cantidad de papeles que le esperarían en su escritorio, listos para ser trabajados. Esperaba que Kendra hubiera tenido la iniciativa de comenzar a ayudarlo con algunos de ellos, al menos con los más sencillos, y que se hubiera encargado de archivar todos aquellos documentos que continuamente llegaban de los diferentes juzgados en los que se estaban llevando los procesos.

La verdad era que cuando sucedió la muerte de la tía de Kendra, él se había quedado saturado de trabajo, y había deseado una y mil veces tener esa ayuda a la que poco a poco se había ido acostumbrando. Para qué negarlo, Kendra, se había vuelto necesaria para él, no por ser la mujer

con la que, hace unos días, se había acostado, no porque quisiera repetir una y otra vez lo que pasó en la casa de ella, sino porque le era necesaria la ayuda que ella ofrecía. Muy a su pesar, Kendra había resultado ser muy eficiente, y no le había tomado mucho tiempo enseñarle lo necesario para serle útil. Por ello, en el viaje que había hecho hasta la casa de su abuelo, reflexionó sobre lo qué tendría que hacer con ella una vez hubiera acabado su pasantía. Quería que ella se quedara, pero sentía que sería horrible dejarla como su ayudante, ella tenía potencial para ser una abogada valiosa para el bufete. Se prometió hablar de todo eso con su padre.

El ascensor emitió un pitido, anunciando que ya había llegado hasta la última planta.

Camino hasta su oficina.

—Buenas tardes, licenciado –saludo alegremente, Carmen. Parecía distinta, más risueña que de costumbre, no podía borrar esa sonrisa tonta que tenía en el rostro, y él lo notó.

No respondí su saludo, pero si la miró, extrañado. Hace mucho que ella no parecía estar en ese estado de excitación al verlo.

Dejó esa idea de lado, no le importaba en absoluto entablar ninguna conversación con su empleada, y mucho menos le interesaba saber el por qué estaba de esa manera. Y menos, con Carmen, una mujer que él detestaba por ser tan ineficiente, y sobre todo, porque siempre lo acosaba, a donde quiera que fuera; contándole chismes mal intencionados, o haciendo insinuaciones de toda índole, más que nada, insinuaciones sexuales. La detestaba por todo ello, pero por su padre, no la podía despedir.

Abrió la puerta de su oficina y la encontró vacía. Miró la hora, asegurándose de que la hora del almuerzo ya había pasado.

*“Tal vez se ha retrasado por hablar con ese pelmazo de King”* –pensó sin darle muchas vueltas al asunto.

Camino hasta su escritorio, y tal como se lo intuía, estaba repleto de papeles que debía atender.

Comenzó leyendo a grosso modo, de qué se trataba cada uno de los escritos que tenía. Algunos simplemente los pasó a otro lado para después revisarlos con más cuidado, ya que se trataban de casos nuevo, y otros los dejó para ser archivados junto a sus respectivos expedientes.

Cuando ya había pasado casi todos los papeles, vio un papelito más pequeño, que solamente decía unas cuantas palabras.

Su atención se fue directa hasta este.

Lo leyó rápidamente, pero como no entendió su contenido, lo volvió a hacer.

*“Lo sé todo. Ella me lo contó.”*

La nota era muy escueta, sin embargo, después de la primera impresión en la que no se dio cuenta de qué es lo que estaba leyendo, lo supo. Supo exactamente lo que ese pequeño papel significaba.

Se levantó molesto de su escritorio, debía obtener respuestas, las cuales no estaban escritas en ese papel...



Salió de la oficina, molesto con esa mujer, aunque también estaba molesto consigo mismo. No sabía qué es lo que exactamente esa mujer le había dicho a Kendra: qué tanta verdad había metido en su relato...

Se dirigió directo a la oficina de su padre y ahí encontró a la persona que estaba buscando: Daniel King.

—Quiero hablar contigo, King, sígueme —ordenó autoritariamente.

Sin esperar respuesta por parte del pasante, camino nuevamente hasta la oficina, donde sabía que tendría la privacidad que la conversación ameritaba.

Pasó por el escritorio de Carmen. Ella estaba admirando el espectáculo que se estaba llevando, alucinando con ello. Seguí radiante, y hasta un poco más sonriente y satisfecha.

Entró a la oficina y espero hasta que King estuvo dentro para cerrar la puerta.

—Siéntate —le dijo señalando la silla que estaba enfrente de su escritorio, luego rodeó este y se sentó.

Su pose no era la misma de siempre, parecía más enervado que de costumbre y eso se reflejaba en cada parte de su cuerpo. Parecía que, de un momento a otro, haría explosión. A pesar de eso, Daniel no parecía estar asustado con la actitud de su antiguo jefe, por el contrario, también denotaba estar molesto.

—¿Para qué me buscaba, licenciado? —preguntó King, con cierto retintín burlón.

—Para que me digas qué sucedió con Kendra. ¿Por qué dejó una tonta nota? —respondió Vielman, enfurecido, comenzándose a salir de sus cavales.

Tomó la nota y se la dejó enfrente a King, esté sólo medio la vio y luego lo miró fijamente.

—¿Va fingir demencia? —cuestiono Daniel, desafiándolo.

—Si sabes que una pregunta no se contesta con otra, ¿verdad? —evadió Vielman.

—¿Y no es lo mismo que usted hace? —replico Daniel con astucia—. Bien, cómo guste, responderé a la pregunta —claudico el pasante, sin dejar su tono de voz retadora—. Esa nota se refiere a lo que, la disque amiga de Kendra, le contó a ella todo lo que ustedes hicieron para burlarse de ella. ¿Satisfecho?

—En absoluto. Eso no me dice nada. Esa mujer pudo haberle dicho cualquier mentira a Kendra, y ella, en lugar de enfrentarme cara a cara, ha decidido huir. ¿Estaría usted satisfecho por ello? —preguntó sardónicamente.

—¿Acaso va a mentir y decir que todo lo que dijo esa mujer no fue verdad? ¿Puede desmentir que usted no se confabulo con ella para poderse aprovechar de Kendra? ¿Se supone que me debo de creer sus palabras porque es mi jefe? —Daniel se levantó de la silla, se abotonó la chaqueta y lo observó—. Debido a que esto no es de trabajo y no me compete a mí desvelarle lo que se ha dicho o no se ha dicho, o lo que se hecho o no; me voy —dio media vuelta y se fue de la oficina.

Vielman se quedó con la vista fija en la puerta que acababa de ser cerrada. La mandíbula le temblaba, estaba furioso, no sólo porque no había averiguado qué era lo que exactamente había sucedido, sino porque también le había faltado a su autoridad, y le habían dejado con la palabra en la boca.

Inmediatamente le llamó a su hermano.